

LOS AGUINALDOS DEL NIÑO JESUS.

Vosotros ya sabéis, queridos niños, que cuando llega la Pascua de Navidad, los papás, los abuelitos, los tíos, y todas las personas que os estiman, acostumbran daros algunos regalitos que se llaman aguinaldos; y más aún, estaréis en cierto modo persuadidos de que es casi una obligación, de parte de todas las personas que os tienen afecto, haceros esa especie de regalos cuando llega esta época del año que estais esperando desde mucho tiempo ántes, y contando los dias que faltan, en la seguridad de que los aguinaldos no han de faltar. Si alguno de vuestra familia se hace el olvidadizo, buen cuidado tendréis, amigos míos, apenas llega la Pascua, de recordarle que ha llegado el plazo en que es preciso que os regale algo que sea de vuestro gusto, como un muñeco, un

tamborcito, una cajita de dulces, un libro con bonitas estampas, una cestita de frutas, ó un nacimiento, para ponerlo en sitio preferente y celebrar con infantil regocijo la época en que el Niño Dios vino al mundo para consuelo y alegría de los buenos, y enmienda y arrepentimiento de los malos.

Efectivamente, la costumbre, que puede más que los más poderosos de la tierra, así lo tiene establecido, y no es posible excusar el cumplimiento de su ley. Una condicion se necesita, nõ obstante, para que esta ley tenga efecto de obligar, y para que los aguinaldos sean exigibles en toda la extension de la palabra. Es condicion precisa é indispensable, que para tener derecho á los regalos de Navidad, los niños sean buenos, obedientes y aplicados; que no tengan

el mal vicio de echar mentiras, ni sean inquietos y traviesos, ni hayan dado disgustos á sus padres ni á sus maestros en todo el año.

Los niños incorregibles y rebeldes, los desaplicados, los embusteros y los mal intencionados; los que tienen costumbre de hacer mal y los que desoyen las advertencias de sus mayores, éstos no tienen derecho á que se les dé aguinaldo, ni hay tampoco quien quiera dárselo, y algunos he conocido yo que, aunque han llegado las Pascuas de Navidad, no han tenido quien les haga el más insignificante regalo, en castigo de sus malas inclinaciones, de su desaplicacion, de su inobediencia y de su travesura, y se han quedado con tanta envidia viendo cómo los demas niños disfrutaban de los beneficios en que ellos no tenían parte.

Esto es muy justo; solamente el que es bueno tiene derecho á que todo el mundo cumpla con él como Dios quiere y manda, y nunca se vió en el mundo que los malos alcanzasen premio de ninguna especie.

Todo esto, como ántes decia, ya lo sabréis, que por vosotros habrá pasado, y buen cuidado habréis tenido de cumplir vuestras obligaciones para haceros dignos de la estimacion de vuestros mayores para que, llegadas las fiestas de Navidad, os hagan los regalos de costumbre. Pero lo que tal vez no habrá llegado todavía á vuestra noticia es que tambien el Niño Jesus, en cuyo honor se celebran las fiestas de Navidad, suele regalar los aguinaldos de

Pascua á aquellos niños que se han distinguido por su ejemplar conducta, por su grande aplicacion al estudio, por el respeto y obediencia á sus padres y maestros, por su juicio, por su laboriosidad y por todas aquellas prendas que hacen á los niños acreedores á la estimacion general de cuantas personas los conocen, y son citados como modelos á sus compañeros.

Importa, sin embargo, que lo sepais para que, esmerándoos en el ejercicio de las virtudes, os recomendeis á la bondad del Niño Dios, que todo lo sabe y todo lo ve, y no se le oculta dónde están los niños aplicados, obedientes, caritativos y juiciosos, á quienes profesa un cariño infinito, los salva cuando los ve en algun peligro, y los obsequia en ocasiones, y muy particularmente en las Pascuas de Navidad, que vienen á ser, como si dijéramos, su cumpleaños.

Entre muchos casos que pudiera citaros en que el Niño Jesus ha dado aguinaldo á los que se han hecho dignos de su predileccion, uno solo os contaré, para que veais cuánta es su bondad y con qué solicitud atiende á aquellos que, por carecer de otro amparo, necesitan del suyo, que es, sin duda, el más poderoso.

Habia ya hace años en un pueblecito, que no hace al caso nombrar, seis niños, todos hermanitos, que habian quedado huérfanos, porque una epidemia terrible que habia hecho muchos estragos en aquel pueblo y en casi todos los de España,

les arrebató en pocos días á su papá y á su mamá, que tanto les querían y atendían á todas sus necesidades. ¡ Pobres niños! Vosotros no sabéis, ni quiera Dios que lo sepáis, la desventura que es para los niños quedarse en el mundo sin padre ni madre.

Basta que os diga que es la mayor desgracia del mundo, la que no tiene igual, la más irremediable de todas.

Aquellos seis niños, desde que quedaron huérfanos vivían con su abuelita, que era una pobre anciana, con muy escasos bienes de fortuna, y apenas se bastaba para atender al cuidado de sus nietecitos. No descansaba la pobre en todo el día para cuidar de que no les faltara lo necesario, para arreglarles la comida, para tenerles aseada la ropita, para resguardarlos del frío en invierno y de los ardores del sol en verano; para hacer, en fin, todos aquellos oficios que exige el cuidado de los niños que, siendo pequeños, nada pueden hacer por sí.

Pero la pobre no tenía tampoco parientes ricos, y las Pascuas de Navidad se acercaban sin que los pobres niños pudieran abrigar la esperanza de que hubiera quien se acordara de darles aguinaldo. ¿Quién se lo había de dar, si la pobre abuela apenas podía agenciar lo indispensable para mantenerlos y vestirlos, y eso trabajando sin descanso?

Á todos los niños del pueblo les oían hablar estos pobrecillos, con singular alegría, de que ya llegaba

la Pascua y recogerían abundantes aguinaldos, y los inocentes, que no tenían quien se interesara por ellos más que su abuelita, le preguntaban:

—¿Quién nos dará aguinaldo cuando llegue el día de Navidad, abuelita?

—¡ Ay, hijos de mi alma! respondía la anciana enterneciéndose; yo, que soy la única que pudiera regaláros alguna cosita, estoy tan pobre que hartos será que pueda daros de cenar, y como no teneis más parientes, nadie se acordará de daros aguinaldo, como no sea el bendito Niño Jesús, amparo y esperanza de todos los niños desvalidos, que son sus hermanos.

Llegó el día de la Pascua de Navidad; la abuela tuvo que salir á la calle en busca de lo más necesario para dar de comer á sus seis nietecitos, y los dejó encerrados en casa para que no tuvieran frío. Los más pequeños estaban en la cuna muy abrigaditos, los mayorcillos se levantaron de la cama, y alguno de ellos más travieso se asomaba por el agujero de la llave para ver si alguien venía á traerles aguinaldo.

Pero pasaba el tiempo y nadie venía. Juanito, que era el mayor de todos, decía con cierta tristeza á tres de sus hermanitos que jugaban con el gato.

—Ya veréis cómo también al Niño Jesús se le olvida traernos aguinaldo, porque como el día está tan frío y la nieve cae en las calles tan espesa, no querrá salir de su casa.

Apénas habia dicho esto, cuando se oyó, como si fuera por la parte de arriba, una música suave y deliciosa; una claridad vivísima penetró por el cañon de la chimenea inundando toda la habitacion, y por allí descendió de repente un hermosísimo niño casi desnudo, cuya linda

cabeza estaba rodeada de una brillantísima aureola.

Los pobres huérfanos se quedaron casi atónitos, y el niño aparecido les dijo con dulcísima voz:

—Yo soy el Niño Jesus, vuestro hermano, el que nació en Belen en un establo, y como sois pobres y



desgraciados, vengo á traeros los aguinaldos de Pascua, ya que no tenéis padres que os regalen en este día.

Y, en efecto, los fué llamando á cada cual por su nombre, y á todos les repartió lindísimos muñecos y otros juguetes vistosos, multitud de dulces, frutas en abundancia y hasta zapatos nuevos para que tuvieran

los piés abrigados durante el invierno.

Luégo que todos quedaron contentos, volvió á desaparecer por donde habia entrado, pero ántes les dijo:

—Esto lo hago con vosotros porque sois buenos y os veo desvalidos: sed siempre virtuosos y no paseis pena, que yo soy hermano de todos

los desdichados y acudo siempre á satisfacer todas sus necesidades, si en lugar de quejarse al cielo de su

mala suerte, imploran la eterna misericordia de mi Padre.

P. D. MONTES.

LOS VIENTOS.

En el número 18 del tomo VII de esta REVISTA, correspondiente al mes de Junio, hubo de aparecer, niños amados, un articulito con el siguiente epígrafe: *La Atmósfera*.

¿Os acordais?

Tal vez sí, y tal vez exista aún en vosotros el recuerdo de una promesa en él hecha. Os prometí contaros la causa de los vientos, hablándoos á la vez de lo que éstos son.

¿Cuánto tiempo ha transcurrido, y cuán largo ha sido el plazo ántes de venir hoy á cumplir la promesa empeñada!

Mas al fin la cumplo; al fin he de hablaros del viento en estas líneas.

¿No sentís conmigo cómo éste hace estremecer los cristales? ¿No sentís cómo, furioso, agita fuertemente las hojas de los cercanos y corpulentos árboles?

Sí, amadísimos lectorcitos; el viento sopla fuertemente; su fuerza es terrible en este momento.

¿Qué es, pues, el viento; por qué se halla á veces animado de tanta fuerza?

Hé aquí lo que quiero deciros,

lo que pretendo haceros comprender.

No ignoro que todos conocéis de muy antiguo al viento, que todos lo habeis más de una vez ocasionado.

Os sorprendeis tal vez, al ver que pretendo haceros nada ménos que fabricantes de viento, y esta sorpresa será, si existe, hija solamente de vuestra poca meditacion.

Porque habeis sido muchas veces fabricantes de viento; y fabricantes muy notables, ya que no necesitasteis para vuestra manufactura el empleo de ninguna primera materia.

Estais aún más suspensos que ántes: lo comprendo, y por esto voy á sacaros de la duda. Para ello no tengo más que invitaros á correr.

Corriendo, pues, hemos de resolver el problema. ¿Convenís?

Seguramente: no es posible os neguéis á lo que tanto os gusta.

Corramos, pues.

Detenéos: vuestros sombreros han caido en la carrera, y quedan á larga distancia de nosotros: el viento los ha arrojado al suelo. ¡El viento! No le habia, me decís.

Es verdad; pero vosotros le habeis

formado: habeis sido, una vez más, fabricantes de viento.

Por esto, niños queridos, comprenderéis que basta agitar el aire para que el viento exista: las cocineras que en vuestras casas soplan el fuego, vosotros al correr, unas y otros no haceis más que producir viento agitando el aire.

Pero, ¿sucede eso mismo en la atmósfera?

No, queridos niños; el viento que hace poco hacia estremecer los cristales y mover fuertemente las hojas de los árboles, no reconoce esa causa: no hay en la atmósfera cocineras que soplen, niños que corran, fuelles que produzcan corrientes de aire.

Y, sin embargo, ello es que sentís al aire atmosférico moverse y pasar rozando vuestros rostros, ya dulcemente en forma de brisa, ya con furor terrible si el huracán ruga aterrador.

¿Cuáles, pues, la causa del viento? Voy á procurar explicároslo.

No necesito para ello hacer un gran esfuerzo: me basta suplicaros que me acompañeis á sentarme alrededor de mi confortable chimenea: hace frio, y nos será muy grato su calor.

Estamos sentados: ¿no oís?

En el cañon de la chimenea se oye un fuerte ruido.

¿Qué habrá allí?

No hay nada; es decir, no hay más que aire caliente.

¿Qué pasa, pues?

El aire, caliente por el fuego, que existe en el cañon, es más ligero que

el de la habitacion, y más que el del exterior: pesando ménos que éste, se eleva y sale, siendo reemplazado por el del cuarto; este reemplazo hace entrar nuevo aire, produciendo una corriente; es decir, produciendo viento.

¿Comprendeis ahora la causa del fenómeno que tratamos?

Creo que sí: la chimenea debe haberlo puesto claramente á vuestro alcance.

En la atmósfera se verifica, queridos niños, una cosa análoga: en ella la chimenea es el sol. Éste calienta más ó ménos, segun su posicion geográfica y las condiciones particulares de cada una, las diferentes localidades, las diferentes comarcas de la tierra, y por lo tanto, las capas de aire que con ellas están en contacto. Sucede que las capas calientes se elevan, viniendo otras frias á ocupar su lugar; el aire, pues, se pone en movimiento, da lugar al viento.

Éste no tiene siempre la misma velocidad; por esto unas veces sopla cual dulce brisa; otras corre con fuerza impetuosa.

Hé aquí, queridos y pequeños lectores, que ya conoceis la causa del fenómeno que ha ocasionado estas mal trazadas líneas, quedando aún el considerar otras particularidades.

Vosotros, que hoy mirais la vela y la veis en una direccion, y volveis á mirarla mañana para verla en otra distinta colocada, vosotros tal vez creais que en todas partes sucede lo propio: os engañais.

No son, pues, los vientos en todas partes lo que en nuestra España: hay territorios donde un mismo viento sopla constantemente. Sucede esto en la zona tórrida, léjos de las costas, donde sopla siempre en una misma direccion. Si, pues, las veletas se fijáran en el mar, seguramente en esos lugares no tendrían aplicacion, estarían siempre en continua inmovilidad.

Hay también, además de éstos, otros vientos que soplan periódicamente en determinadas direcciones: con los constantes y los nuestros, siempre variables, forman los que son periódicos el total de divisiones.

Nosotros vivimos, por lo tanto, muy favorecidos; si el Norte no nos agrada, podemos tener al día siguiente otro viento que nos sea grato: de este modo, todos podemos estar contentos y satisfechos.

Ya habeis visto cómo no hay en la atmósfera fuelle alguno que sople, formando así corrientes de aire; por más que exista fuera de ella una inmensa chimenea que haga en el aire el mismo efecto que la en que os in-

vitó á calentaros. Conoceis, por esto, la causa del viento, y queda cumplido el pobre objeto de estos renglones.

No serán ellos los últimos, Dios mediante, que dedique á exponeros los grandes fenómenos con que la naturaleza nos hace ver su poder y grandeza; si conoceis las nubes y las lluvias, si la atmósfera y el arco iris os han sido presentados, si el viento ha venido ahora á haceros fijar en estas líneas vuestra atención, no dejarán de aparecer otros articulejos que puedan completar al fin y al cabo el estudio de los fenómenos naturales.

Sólo con vuestra tierna y cariñosa benevolencia podrán aparecer otros que continúen el presente; sólo con ella podrá escribir para vosotros el humilde autor de este más humilde trabajito.

Si, pues, se la concedéis, estad seguros de que esto y más hará en obsequio de los pequeños lectores de Los Niños,

E. THUILLIER.

TARARÍ, TARARÍ, TARARÍ.

I.

¡Qué afición tan prematura
Á la guerra y á las armas

La de ese niño inocente
Que está tocando llamada,
Convocando así á las aves
De una alquería inmediata,

Con las que forma su ejército
 Más contento que unas Pascuas!
 Vive el inocente niño
 En un pueblo de Navarra,
 Y ve que todos los días
 Los hombres de guerra pasan.
 Pasan, y despues escucha

El ruido de las descargas
 Que con horrisono estrépito
 Retumban en las montañas.
 Ve pasar luégo jinetes
 Que van á la desbandada,
 Y otros detras persiguiéndolos,
 Llenos de furor y rabia.



Así aficion ha cobrado
 Á la guerra y á las armas,
 Y le gusta todo el día
 Estar tocando llamada.

Su madre llega, le mira,
 Y vertiendo amargas lágrimas,
 —Cesa, hijo mio, le dice,
 Que me destrozás el alma.
 Tu padre ha muerto en la guerra;

La guerra incendió tu casa;
 La guerra nos ha quitado
 Todo bien, toda esperanza.

Y el pobre niño inocente
 No comprende sus palabras,
 Y aficionado á la guerra,
 Sigue tocando llamada.

FRONTAURA.

EL GRANDULLON.



¿No es una mala vergüenza que ese muchacho tan grandullon está siempre entretenido con los juguetes de su hermanito menor?... Pues eso hace ese perezoso muchacho, á quien llaman sus compañeros el *grandullon*, y mientras él juega como un bobo con los muñecos, su hermanito menor adelanta en el estudio, y llegará día en que podrá dar lecciones al grandullon, que será un zote, inútil para todo y antipático para todo el mundo.

LA FUENTE DE LOS ÁNGELES.

I.

¡Qué cosa tan triste es la guerra, queridos niños! Lo que voy á contaros hoy es un pequeño episodio de esas luchas en que los hombres son llevados á derramar su sangre por el amor á la patria; amor que debeis conservar siempre en vuestro corazón.

Entónces, y sólo entónces, es justificable la guerra, que causa tantos males y tantos desastres.

Yo quisiera que vuestros ojos nunca la vieses, y que los años todos de vuestra vida pasasen tranquilos y apacibles en una dulce paz.

Pero ¡ay! niños queridos, por desgracia, en estos días en que comenzais á dar los primeros pasos por el mundo, ya suena alrededor de vuestra cuna el estampido del cañon, y la sangre de hermanos llena las ciudades y los campos.

Ya veis de cerca los horrores de esa pelea sin objeto, estéril casi siempre, con que combaten muchos que ayer fueron amigos y que son hijos de una misma madre... ¿No es verdad que convenís conmigo en que la guerra es una cosa muy triste... y que trae en pos de sí desgracias irreparables?...

Empecemos nuestra historia, que ha de ser corta, muy corta, porque

el paseo ha sido un poco largo, y las noches, como de verano, muy pequeñas, y sospecho que os vais á dormir luégo.

II.

Era un día de los hermosos de Mayo en que las flores abren sus corolas de azul, de encarnado y de blanco, esmaltando los campos y ofreciéndose á vuestra vista para que os apresureis á formar con ellas bonitos y variados ramilletes.

Comenzaba el sol á alumbrar las calles de un pueblo, cuyo nombre no importa al caso, y en todas las esquinas no se veían más que grupos de hombres y mujeres, que hablaban y discutían sobre si estaba ó no muy cerca el enemigo, esperando ansiosos la llegada de alguno que les trajese noticias seguras de si avanzaba ó retrocedía.

A poco apareció un jóven, que á toda carrera se dirigía hácia donde estaba el primer grupo de gente: su semblante descompuesto, su espesa y rubia cabellera flotando á merced del viento y su vivísima agitacion revelaban el terror de que venía dominado su espíritu.

Al detenerse un instante, como para tomar aliento, todos cuantos componían aquel grupo se dirigieron

hacia él, rodeándole en un momento y preguntándole todos á la vez. Pero el jóven apenas podia pronunciar una palabra, y á duras penas pudo decirles:—«Los he visto... los nuestros se retiran... ¡Si vierais cuántos heridos!... Allá vienen, y voy al hospital para que preparen camas...» Y sin aguardar á más, continuó corriendo.

Estas palabras llenaron de terror á todos cuantos allí estaban reunidos; unos marcharon sin saber adónde, y los más animosos se dirigieron hacia el punto donde habia señalado aquel jóven que acababa de desaparecer.

Muy luégo empezaron á verse las calles desiertas, reinando el silencio por todas partes, interrumpido sólo por los lamentos de los heridos y los pasos de los que los llevaban. Alguna que otra vez se oia el galopar de algun caballo, cuyo jinete iba á toda carrera á cumplimentar alguna orden.

De cuando en cuando se oian tambien distintamente fuertes disparos de cañon, que cubrian por un momento las nutridas descargas de fusilería; éstas fueron oyéndose cada vez más cerca, y ántes de llegar la tarde, ya las calles todas del pueblo estaban llenas de soldados, nobles defensores de la patria, que divididos en gruesas columnas atravesaban la poblacion, deteniéndose sólo

á recoger lo que todos los vecinos se apresuraban á darles para satisfacer el hambre que los consumia y mitigar su ardiente sed.

En aquellos momentos no habia una puerta cerrada, ni uno solo de los vecinos de aquel pueblo que no acudiese á socorrer á sus hermanos, que peleaban contra extranjeros invasores.

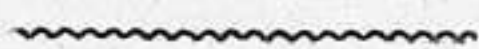
¡ Ah! queridos niños; en aquellos dias fueron nuestros *padres*, todos héroes, todos grandes, buenos y leales... No olvidéis nunca la memoria de ellos; consagradles siempre un recuerdo dentro de vuestro corazon...

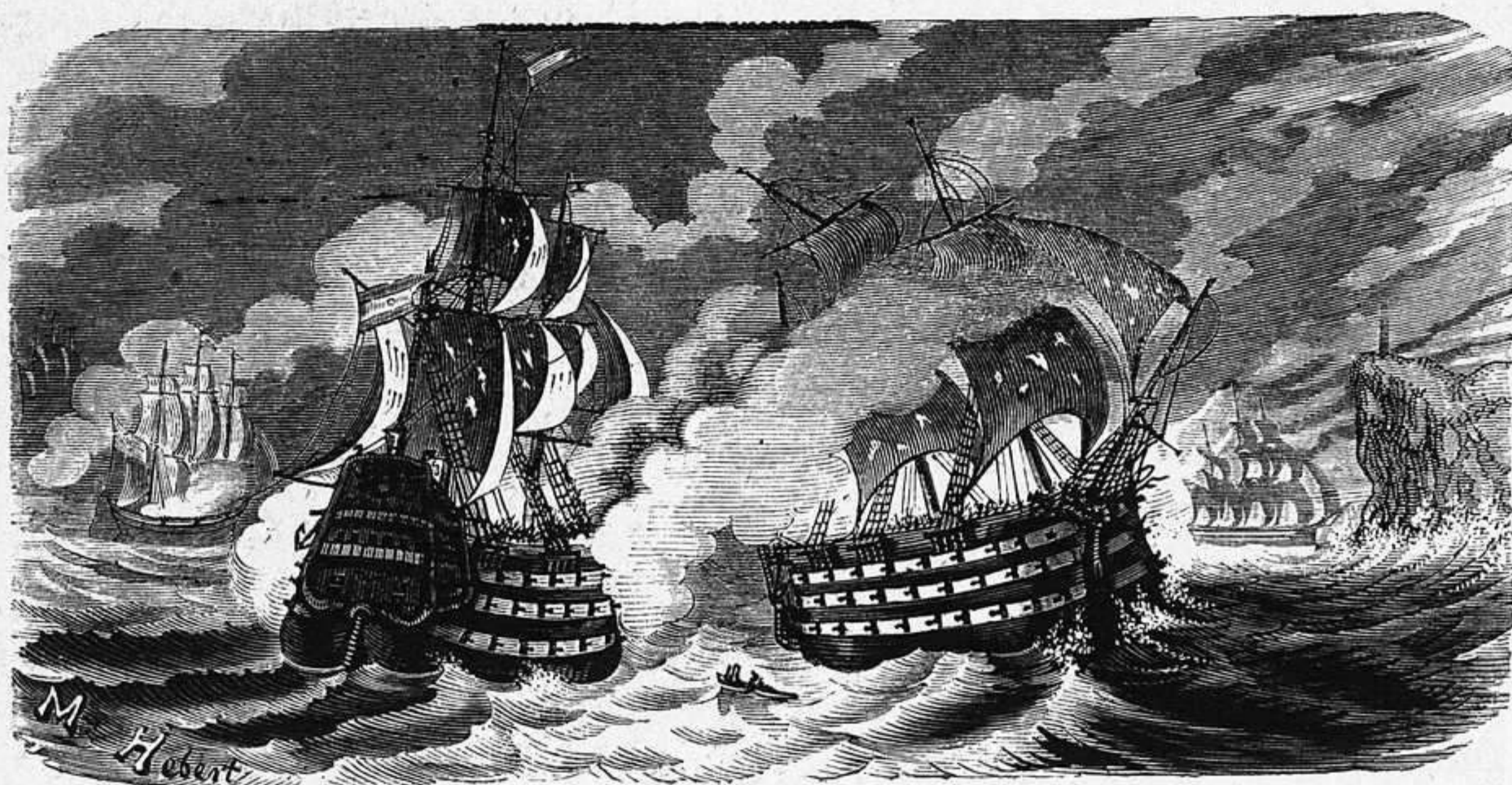
Hacia la tarde, ya casi el fuego habia cesado por completo, y el enemigo pisaba los arrabales de la ciudad.

Más fatigados que nuestros soldados, no se daban prisa por avanzar; así es que éstos tuvieron tiempo para ponerse fuera del alcance de sus tiros, así como la mayor parte de los vecinos de abandonar sus hogares, los unos envueltos entre el ejército amigo, y otros tomando distintos caminos. De modo que cuando los franceses se posesionaron del pueblo, puede decirse que éste estaba desierto.

(*Se concluirá.*)

RAMON S. CAMPOAMOR.





TRAFALGAR.

(21 DE OCTUBRE DE 1805.)

I.

Inglaterra con España
Sostiene cruda contienda,
Y para atacar á Cádiz
Sus buques manda Inglaterra.
Terrible es su poderío,
Incontrastable su fuerza,
Y es locura en nuestras naves
Afrontar á las inglesas.
En vano Francia su flota
Consiente unir á la nuestra:
Domina el inglés los mares,
Y es vana la competencia.
Así Gravina lo expone
En una Cámara régia,
Y es fama que sólo logra
Del ministro tal respuesta:
—Cumplid vos como marino
Con lo que el deber ordena,
Que los negocios de Estado
Poco ó nada os interesan.—
Gravina, ahogando el ultraje
Se arroja á la loca empresa,
Donde la muerte y la gloria
Dentro de poco le esperan.

II.

Junto á las costas de Cádiz
Sus buques ordena Nelson,

Y allí la española escuadra
Les invita á rudo encuentro.
Media el día: las distancias
Se acortan: retumba el trueno,
Y tiembla el mar en su fondo,
Y se nubla el firmamento.
La cólera desbordada
Se une al entusiasmo ciego;
Las afecciones se olvidan
Se acallan los sentimientos;
Y fuego vomita el bronce
De sus entrañas de fuego.
Allí entre nubes de humo
Su vida venden los buenos,
Sin contar los enemigos
Que á su vida ponen precio.
¿Qué le importa al esforzado
De los contrarios esfuerzos?
Sólo una vida se expone
Contra dos ó contra ciento.
Ambos buques almirantes,
Como gigantes soberbios,
Van á encontrarse, ganosos
De imposibles vencimientos.
Súena el rumor de mil voces,
Lanzan los cañones fuego,
Y al estrépito parece
Que va á desplomarse el cielo.
Cada minuto es un siglo
De ansiedad y de tormento:
Se cruzan las maniobras,
Se entorpece el movimiento,

Y las dos inmensas moles
Luchan con ímpetu fiero,
Y las olas se enrojecen
Con la sangre de los muertos.
La escuadra francesa emprende
La retirada en silencio,
Y los españoles buques
Van cayendo prisioneros.
¿Dónde están sus comandantes?
Heridos todos, ó muertos:
Como españoles lucharon,
Como españoles cayeron.
Sólo un buque se resiste
Con rudo y tenaz empeño:
Cercan seis naves inglesas
Al *San Juan Nepomuceno*.
Churruca le manda: altivo,
Diestro, impávido, sereno,
Economiza sus tiros
Para hacerlos más certeros.
Cien cadáveres obstruyen
Su paso sin detenerlo,
Y él mismo á un cañon se lanza,
Reemplazando al artillero,
Y desarbola al navío,
Ya al abordaje resuelto.
Pero una bala enemiga
Destroza el muslo derecho
Del marino, que vacila
Moribundo y sin aliento.
— ¡Clavad la bandera, exclama,
Y hasta que yo no esté muerto
No se rinda á los ingleses

El *San Juan Nepomuceno*!
Poco despues espiraba
Churruca invocando al cielo,
Y los ingleses miraban
Su cadáver con respeto.
Seis eran los vencedores:
¿Á cuál se rindió primero?
— Á todos, dijo el marino
Que reemplazó al héroe muerto.
¿Á uno solo nuestro buque
Jamás rindiera su esfuerzo!
.
La noche avanza entre tanto,
Del mar los profundos senos
Van sepultando insaciables
Frios y gloriosos restos;
Y cuando la nueva aurora
Vuelve á brillar, sus reflejos
Sólo iluminan desastres,
Buques enormes deshechos,
Cadáveres azotados
Por el movible elemento,
Héroes que luchando fuertes
Lograron morir cual buenos,
Y, digna de su grandeza,
Les dió tumba el mar inmenso.
Allí, en Trafalgar, reposan
Junto al gaditano estrecho:
Allí su memoria alcanza
La bendicion de los pueblos.

M. OSSORIO Y BERNARD.

SOCIEDAD INFANTIL,

PROTECTORA DE LOS ANIMALES Y DE LAS PLANTAS.

No hace muchos dias los periódicos de Madrid mencionaban un hecho que, aunque ocurrido en las calles de la capital de España, no habia podido tener otro correctivo que la desaprobacion y censura que de él hubieran podido hacer, ya los que lo presenciaron, ya los que de él pudieron tener conocimiento.

Vosotros, niños queridos, podeis tambien aplicar vuestro juicio al tal acontecimiento, y éste puede servir para que con más fuerza admitais el propósito de estas líneas, á vosotros dedicadas.

Debo contaros el suceso. Hélo aquí:

Parece que varios individuos venian de una romería, trayendo consigo una ó más caballerías. Una de éstas hubo de caerse y quedar imposibilitada de marchar, por haber casualmente metido uno de sus brazos en una reja, entre cuyos hierros habia quedado de tal modo cogido, que imposible se hacia la salida. En tal situacion, no hubo el conductor del pobre animal de emplear más que el palo como heróico remedio, y no obteniendo con él un satisfactorio resultado, vinieron las armas

blancas — y no recuerdo si tambien las de fuego — á procurar lo que el látigo conseguir no habia podido.

No podia la pobre bestia sacar libre el brazo que tan desgraciadamente habíase cogido, y sus conductores la dieron muerte á cuchilladas, dejándola abandonada en el mismo sitio donde habia caído.

Seguramente que este hecho bárbaro demuestra un carácter perverso en el que hubo de realizarlo, y seguramente el mal es mayor si se considera qué esfuerzos no haria la desgraciada caballería para libertarse, ya del férreo lazo en que yacia cogida, ya de las innumerables heridas que le causaban.

Y diréis: — Seguramente llevarian el debido castigo los que tal hicieron; seguramente no quedaria impune un hecho de tal naturaleza.

Os engañais: en España no hay ley ninguna que pueda caer sobre el asesino de la bestia.

¿Lo creéis?

Es así, por desgracia; aún no ha llegado el dia en que el animal pueda estar entre nosotros protegido por la ley.

Hé aquí, pues, niños amados, que si la ley no existe, debe sustituirse con la ley que el individuo se cree, y que particularmente observe y acate: de este modo la iniciativa particular triunfa, y la gloria es toda suya.

¿Qué es el animal?

Hé aquí, mis amados lectores, una pregunta que os haréis, y que sin duda habríais de dirigirme, si directamente pudierais hacerlo. El animal es un sér *inteligente*: debeis fijaros bien en esta palabra.

No sé si vosotros, que siempre habeis oído la voz *instinto*, podeis fácilmente sustituirla con la palabra *inteligencia*: para mí, niños queridos, la cuestion está concretada á lo siguiente:

Los animales son seres inteligentes, cuya limitacion intelectual les hace inferiores al hombre.

Si, pues, los animales son inteligentes, merecen la proteccion que reciben en otros países, que no tienen en nuestra amada España.

En otras naciones, niños queridísimos, existen sociedades cuyo único objeto es la proteccion de los animales y de las plantas; yo pretendo que vosotros formeis una en nuestra patria.

¿Qué tal os parece la proposicion?

Yo la creo buena: por eso os la presento.

Y para ello no debo hacer os ninguna explicacion sobre los animales: basta que os recuerde que son inteligentes, basta que recordéis el hecho mencionado al principio de estas líneas.

Y pudiera hablaros mucho, si quisiera recordaros cuál no será el sentimiento del pajarillo que ve robado su nido, perdido el fruto de su amor; pudiendo ser muy largo si exponeros pretendiera cuán doloroso cautiverio sufre la triste avecilla que era ayer libre, que hoy habeis aprisionado.

Y no os menciono nada de todo ello: vosotros participaréis del sentimiento del pajarillo; vosotros no quitaréis ya su nido á la amorosa madre que en él guarda su ternura, su cariño.

¿Si supierais cuán útiles son los pájaros!

¿Si supierais cuántos beneficios debe la humanidad á los árboles que pueblan los bosques de la tierra!

Pero de todo ello os hablaré otro dia: hoy no me toca sino exponeros el plan para llevar á cabo la *Asociacion infantil protectora de los animales y de las plantas*.

Quedo, pues, en el compromiso de escribiros dos articulitos: uno que os haga ver la utilidad de los pájaros; otro que os presente cuán beneficiosos son los árboles, las plantas.

Entremos ahora, vosotros y yo, en la consideracion del pensamiento que motiva estas líneas.

Muy fácil es, queridos niños, llevar á cabo mi propósito: para ello no necesitais más que un poquito de buen deseo, de voluntad.

Os pondré, pues, las bases de la Asociacion.

1.º Los infantiles lectores de la Revista Los Niños, se comprometen particular é individualmente á no hacer daño alguno á los ani-

males y á las plantas : como consecuencia de este compromiso , los nidos serán respetados, los palos, las piedras, las hondas, los útiles de caza infantil no se emplearán contra los pájaros en particular, contra todos los animales en general, excepcion hecha de los que sean perjudiciales al hombre. Otra consecuencia del anterior principio será la siguiente: los niños no martirizarán á los animales domésticos.

2.º Los pequeños lectores de esta Revista procurarán que sus infantiles compañeros se asocien á ellos, admitiendo las bases de la asociacion.

3.º Los niños procurarán evitar el daño que se cause á un animal por otro niño, obteniendo así resultados inmediatos para el objeto que aquí se propone.

4.º El compromiso particular de cada niño es la base, el principio en que descansará la *Asociacion infantil para proteger los animales y las plantas*; no existirá, pues, para cada socio más credencial que su deseo, más direccion que su tierna inteligencia, su amoroso corazón.

5.º El daño á los árboles, á las plantas útiles debe evitarse; por esto, los niños no quebrarán los pequeños arbolillos por el solo placer de tener un palo.

6.º Los niños que admitan el compromiso que aquí se expone harán leer este artículo á sus padres, sus maestros, sus amigos de edad madura, como medio de que éstos, abundando en las ideas que aquí se exponen, procuren formar la *Sociedad española protectora de los animales y de las plantas*.

Por estas bases, queridos niños, que todos podeis cumplir, si deseo de ello teneis; por estas bases podeis comprender cuán fácil os será formar parte de la sociedad que os propongo.

Y al haceros ver la facilidad con que este deseo podria ser realizado por vosotros, debo haceros presente la causa por la que este mismo deseo á vosotros va dirigido. Es tanto

el daño que los niños causan á los bosques y á los pájaros, que estos últimos tienen tal vez en ellos sus mayores enemigos.

Esto no es extraño: en España nadie, casi nadie conoce el valor de los pájaros, el valor de los árboles: por esto vemos cómo los primeros son privados de la vida á centenares, cómo los segundos desaparecen, llevándose consigo la riqueza del suelo donde estuvieron.

Termino, pues, queridos niños, estas pobres líneas, haciendo una advertencia que no va á vosotros dirigida.

Esta bella Revista tiene lectores que no se encuentran en esa edad dichosa llamada infancia; ¿podrá, pues, dirigirse á ellos el autor de estos renglones?

Lo ignora; mas se dirige á ellos aún á riesgo de ser imprudente, y sólo les hace las siguientes preguntas:

¿Será posible que exista en España una sociedad nacional protectora de los animales?

¿Será posible que alguno de los que lean estas líneas abunde en el pensamiento que las motiva, y quiera ser uno de tantos como pueden constituirla?

Queden para ellos las respuestas, que á ellos sólo podrá corresponderles.

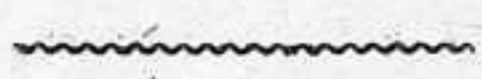
Y mientras en otro artículo os expongo, queridos niños, la importancia, el valor de los pájaros, para que á éste siga otro en que os exponga el de las plantas, termino aquí con una súplica.

Es la siguiente:

Admitid el pensamiento que encierra este artículo, admitidlo, y si algo quereis que él no contenga, si agradándoos el pensamiento le llevais á cabo, sabed que de gran satisfaccion sería para su pobre autor el momento en que recibiera de cualquiera de vosotros la noticia de que su idea no habia volado para siempre en alas del olvido.

E. THUILLIER.

Puerto de Santa María, Diciembre de 1873.



AGENDA DE



REGALO Á LOS SUSCRITORES.

No estando terminadas hasta dentro de algun tiempo las tres nuevas comedias, continuacion del *Teatro infantil*, que prometimos á nuestros suscritores cuando les regalamos las tres primeras en este año, y no queriendo dejar de hacer algun obsequio al principio de 1874 á los que nos han seguido favoreciendo, hemos comenzado á imprimir un librito, que es de gran novedad y de gran utilidad para los niños.

Este libro es la

AGENDA DE LOS NIÑOS.

En todas las casas bien ordenadas se compra á principio del año la *Agenda de bufete*, donde el cabeza de familia apunta sus gastos, sus ingresos, y lleva la cuenta exacta y detallada de todo.

Los niños no tienen, por su dicha, los cuidados del cabeza de familia, pero no por eso les ofrece ménos utilidad la *Agenda*.

Será para ellos la *Agenda* un libro de memorias utilísimo, donde puedan anotar:

Las lecciones que dan de cada materia que estudian.

Los premios que reciben por su aplicacion.

Los castigos que se les imponen.—Y esta anotacion es una de las que más les debe importar hacer para que les sirva de recuerdo, y eviten la repeticion de las faltas.

Las cantidades que sus padres ó parientes les

dan como regalo, y el empleo que han dado á esas cantidades.

Los libros que han comprado.

Las limosnas que hacen.

Las funciones que ven en los teatros.

Los regalos que han recibido.

Las fechas de los dias que han estado enfermos.

Los dias que han confesado y comulgado.

Las buenas acciones que oigan referir.

Los nombres de sus amigos.

Y al fin del año tendrán en ese libro, escrito por ellos, útil enseñanza, y consignadas muchas cosas que les conviene no olvidar.

LA AGENDA DE LOS NIÑOS

contendrá lo siguiente:

El santoral completo.

Las páginas en blanco necesarias para el objeto señalado, con las indicaciones correspondientes.

Unâ coleccion de pensamientos y máximas morales que los niños deben aprender de memoria, etc., etc.

LA AGENDA DE LOS NIÑOS

se regalará ántes de terminar Enero próximo á todos los suscritores nuevos y á los que hayan renovado su abono.